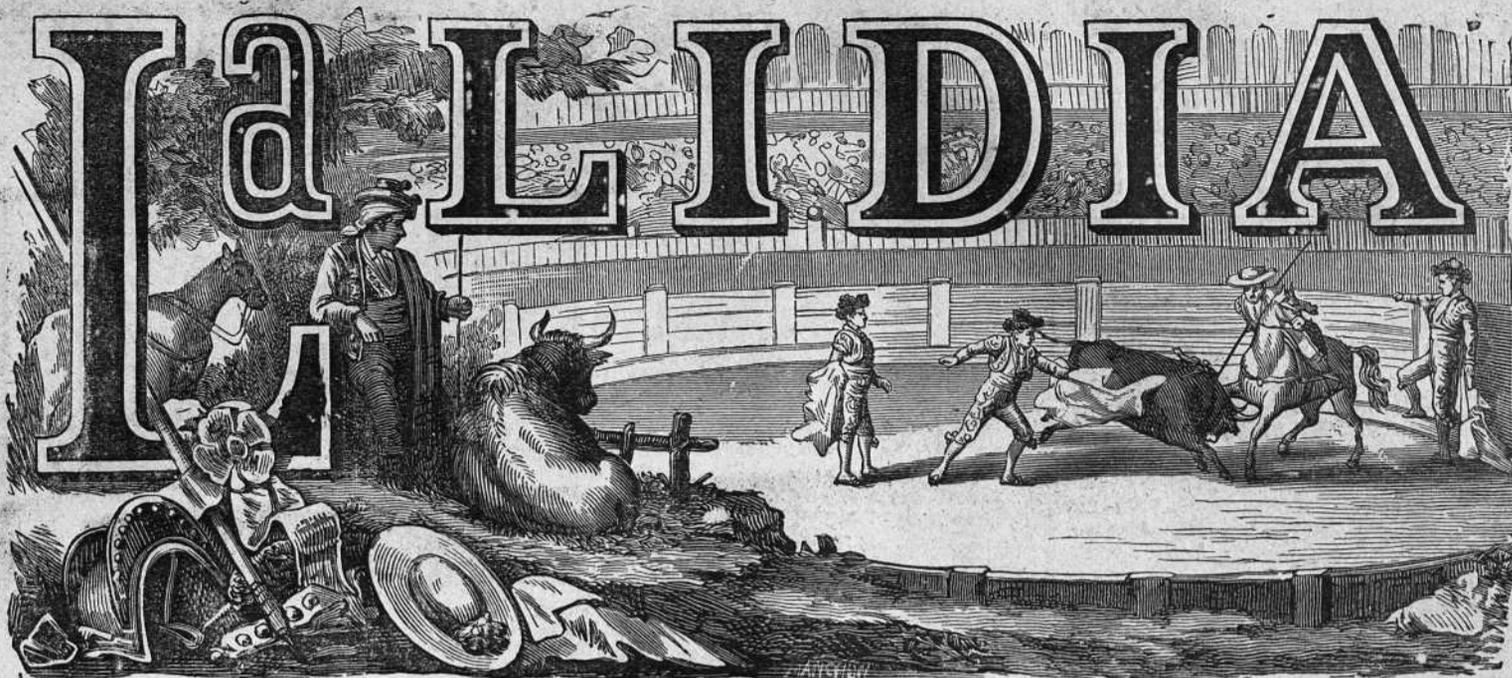


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Advertencia.—La suerte de banderillas, por D. Angel Vela-Hidalgo.—Un nuevo cuerpo facultativo, por Sobaquillo.—Toros en Madrid (17.ª corrida de abono), por D. Cándido.

ADVERTENCIA

La ausencia de nuestro querido amigo Sobaquillo, nos ha privado de ofrecer á nuestros lectores, con la frecuencia que hubiéramos deseado, alguno de sus excelentes y amenos artículos.

Con el que en este número publicamos, reanuda sus trabajos en LA LIDIA tan distinguido colaborador.

LA SUERTE DE BANDERILLAS

Cuando á la señal del presidente los clarines y timbales anuncian con ecos de alegre regocijo el fin de la suerte de varas y el comienzo de la de banderillas, al herir el aire las agudas notas, vuelven los piqueros el cuello de sus monturas hacia la puerta de caballos y desaparecen de la arena.

Quedan en ella tendidas las desdichadas víctimas propiciatorias de aquella lucha de violentas emociones y de imprevistos lances, lucha cruenta, pero imprescindible; lucha hermosa al fin por la animada variación que ocasiona el esfuerzo de valor una y otra vez desplegado hasta dominar la pujanza del toro y aplomarlo en sus pies, fijar su vista, doblarle la cerviz y quebrantar, en una palabra, el exceso de aquel poder y de aquella agilidad bravíos, que de otro modo hubieran hecho imposible y peligrosa la lidia.

Al toque de banderillas sucede un momento de paz, de quietud y de silencio, como pudiera al toque de alto el fuego en una función de guerra.

Descansa entonces el espectador de la emoción constante por la que acaba de pasar su ánimo, llevado de un lance á otro y suspenso siempre durante el choque rudo del encuentro de la res con el picador; acállase el griterío loco de la multitud, y en aquel instante de calma y de silencio, uno tras de otro pisan dos hombres la arena en busca del toro. Van serenos y tranquilos, á cuerpo descubierto, sin capote que les defienda, y en sus manos llevan cada uno dos palos delgados, recubiertos por adorno con papeles de colores.

Su andar al salir es casi siempre marcial y reposado; su mirada estudia desde luego la situación de la res y examina el hierro que guarnece los palos por donde ha de clavarlos; les sigue á distancia un peón, capote al brazo, para burlar con él la fiera si antes de tiempo arranca, y otros dos peones se abren á un lado y otro, avanzando más, para guardarles la salida al rematar la suerte; uno de aquellos dos hombres de los palos se detiene; el otro, conteniendo el paso, avanza hacia el toro, que fija en él la atención como asombrado de su audacia, y

en aquel punto, midiendo bien con vista inteligente los terrenos, el banderillero se para en suerte para llamar al toro.

He ahí uno de los más bonitos momentos de la lidia; he ahí un cuadro simpático siempre, de interés palpitante y de atención suspensa, cuyos elementos de belleza son el valor y la gracia, la destreza y la fuerza. Allí están los dos frente á frente, mirándose á distancia bien corta, el toro y el torero. La poderosa bestia, que acaba de luchar con toda su pujanza, derribando en la arena caballos y ginetes después de levantarlos casi sin esfuerzo sobre su alta nuca, se ha quedado allí jadeante y brava; desafiando está, aplomada en su terreno, y á él viene á buscarla un hombre indefenso que la ha de burlar, escarneciéndolo su bravura con dos débiles palos. Y ese contraste, sin duda, hace aún más fina y más airosa la figura del torero, que trata de creerse, irguiéndose sobre la punta de sus pies reunidos, levantando los brazos y estirándolos hacia adelante, al tiempo que alza en el aire las orladas banderillas y las agita en alto á compás del ágil movimiento con que recoge y distiende todos los músculos de su cuerpo para llamar cada vez más la atención del toro, hasta que aquel se decide á buscarle, y los dos parten, y los dos se detienen, encontrándose en terreno en que, libre ya el hombre del derrote de la fiera, se cuadra en la cabeza y le deja en el morrillo el irisório adorno.

La suerte de banderillas, como todas las suertes, es tan variable y tan distinta siempre, como distintas son las condiciones del toro y como diversas pueden ser las circunstancias en que se interviene. Es lucida en sí misma por su brevedad y su gallardía, y simpática en extremo al espectador, además, por la ocasión en que se ejecuta, merced al vivo contraste que resulta entre ella y la suerte de varas que la antecede.

No obstante toda la apariencia arriesgada de esa suerte, hoy se practica con una exactitud de la que alguien dice que es casi matemática; tanto, que el público inteligente puede presentir, como lo ha presentado ya algunas veces, un desenlace funesto para la salida del lance desde el instante de entrar el torero en él. Mas para llegar á ese cálculo exacto de la medida de los terrenos y de la relación de velocidad entre la carrera tomada por el diestro y el viaje emprendido por la res, para poder distinguir el procedimiento diverso que, según cada toro, conviene emplear, á fin de salirle al encuentro y conseguir pararlo fuera ya de cacho, han mediado, sin duda, muchas experiencias hasta hoy y mucho estudio del asunto desde el nacimiento del toro, allá á mediados del siglo último.

Lenta ha debido ser esa gradación de adelantos, porque en los tiempos que siguieron al en que Juan Romero, hijo de Francisco, el primer matador de toros, se presentó en Plaza con cuadrilla de picadores y de banderilleros, la suerte de banderillas de entonces apenas en nada guardaba semejanza

con la de hoy. Tenía con ella casi la misma relación que pudiera tener con la del parche, tan jugada siempre en los mataderos, ó con la del rejoncillo practicada á caballo, y más á ésta que á otra alguna podría asemejarse, siendo así como la misma suerte de rejonear ejecutada á pie.

Según parece de lo que cuentan antiguas reseñas, salía el peón á la carrera y al sesgo por izquierda ó por derecha de la res, llamándola para que le arrancase al encuentro, y tomada así velocidad suficiente á fin de pasarle el terreno á tiempo, clavábale en ese instante un palo sólo, más ó menos largo y adornado, guarnecido de hierrecillo de arpón, el cual palo, llamado *rehilete*, llevaba el diestro preparado en la una mano, mientras que la otra, provista del capote, lo desplegaba al consumir la suerte, ayudándose con él y procurándose la salida.

Se ponían, pues, los rehiletos de un lado de la res y pasada ésta, unas veces á derechas y otras á izquierdas, pues había banderilleros de las dos manos, y el primer paso que se dió en ventaja de la suerte, fué el de clavar dos rehiletos á un tiempo, uno con cada mano, siempre por un lado, á la carrera y sesgando al toro. Pero es indudable que el adelanto y perfeccionamiento que llevó á toda la lidia en los últimos años del pasado siglo el célebre Costillares, ayudado después por sus discípulos, se dejó sentir en la suerte de banderillas, de modo que ya en 1796 se parecían siempre; y abandonada aquella primitiva práctica de ganarle terreno al toro sesgándole á la carrera, se le llamaba cuadrando en la cara y acudiendo á él con reposado y sereno andar, burlándole *al cuarteo*; si bien es verdad que á fin de salir del lance con toros hufidos, recelosos ó inciertos y ladrones, se acudía á parearlos á la media vuelta.

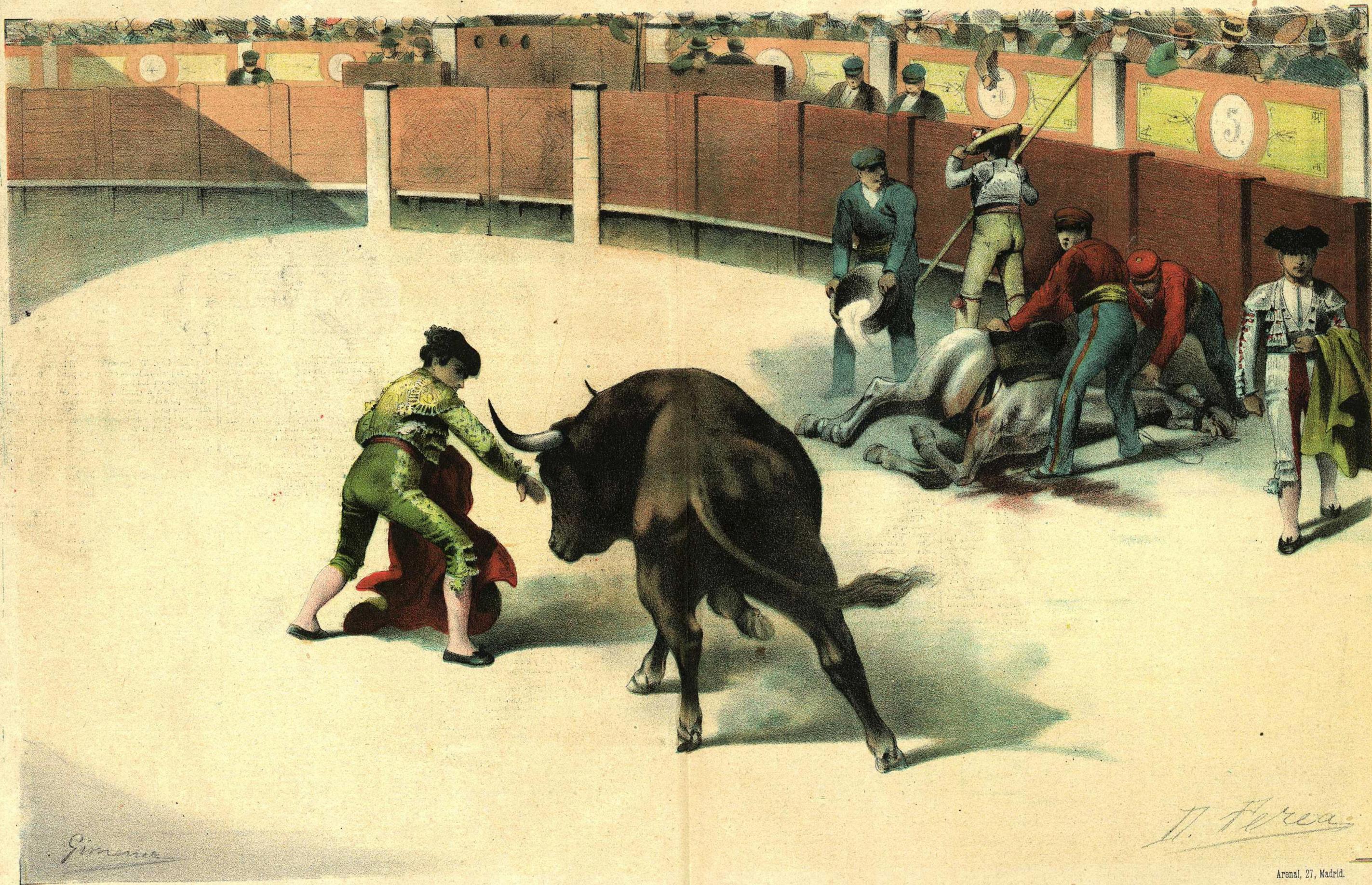
En aquella época, cuando llegaron los años de 1781, que puede llamarse la época del apogeo del toro, gracias á las tres figuras notables en él de Costillares, Pepe Illo y Pedro Romero, habían lucido banderilleros tan sobresalientes como José Cándido, Bartolomé Jiménez, Sebastián Jorge (el Chani) y el mismo José Delgado (Pepe Illo) que tanto y tan buen nombre dejaron después en la profesión.

Para concluir este artículo, haremos unas breves consideraciones acerca de las ventajas prácticas que la suerte de banderillas reporta en la lidia de los toros, siendo una de las partes que han de formar en ella el conjunto armónico de las suertes y de los lances todos, puesto que, según dijimos en nuestro artículo *La suerte de matar* que apareció en el número 20 de esta publicación el 13 de Agosto ejecutados esos lances como deben ser dentro de las reglas del toro serio, dan por solución la buena muerte del toro, contribuyendo cada lance á ello en su manera y medida necesarias.

Una vez amenguados por la suerte de banderillas el poder y la agilidad excesivas del toro, que se dan en condiciones variables según los casos,



LA LIDIA.



Giménez

J. F. Ferea

diciales muchas veces, para entrar en el último tercio de la lidia; y el tercio segundo, que le compone las suertes de banderillas, es el llamado á corregir lo perjudicial de esas condiciones, dejando á la res en mejores circunstancias para el tercero.

Así, si al salir de las varas el demasiado castigo le dejó receloso y muy aplomado, las banderillas, según son puestas, pueden alegrarle y moverle, despertando de nuevo su agilidad y confiándole otra vez en el engaño; y si, por el contrario, conserva muchos pies y los lances de varas han excitado su codicia y aleccionado su intención, las banderillas también pueden castigarle lo bastante para detenerle en sus arranques, reposarle, hacerle menos abanto y acabar de aplomarle lo necesario. Que según se presente en este tercio el toro, sorteándole con arreglo á sus condiciones, mediante una dirección inteligente que sepan secundar banderilleros hábiles y experimentados en su oficio, se logra preparar para la muerte, pasándolo á las manos del matador de manera que, bien banderilleado, le reste mucho menos que hacer con la muleta, la cual tantos recursos guarda todavía para rematar la brega con lucimiento.

El banderillero que sabe su oficio debe ser muy estimado en la lidia, porque tiene al cuidado de su trabajo quizás lo más interesante, si se atiende á que la muerte del toro, buena ó mala, puede depender en gran manera de las condiciones en que haya sabido entregarlo al matador; y la suerte de banderillas es, por esta razón, no sólo un lance bello de arte y de gracia en movimiento que maravilla á la vista, sino una suerte interesantísima en sí propia por su grande importancia en el conjunto de la brega.

ANGEL VELA-HIDALGO.

UN NUEVO CUERPO FACULTATIVO

— ¡Progreso! ¡Reformas!
— ¡Reformas! ¡Progreso!

No se oye gritar otra cosa por esos mundos de Dios, y á despecho de la formidable tenacidad con que se ha encastillado la rutina en sus vetustas alcazaras, (¿qué frasecita, eh?), las ideas de novedad van triunfando en toda la línea, y dando al traste con lo que llamamos tradicional, por no decir rancio.

El espíritu de innovación y reforma alcanza á todo, y el toro no puede sustraerse á esta ley general.

Ya he indicado en otros números de LA LIDIA algunas de las novedades que el progreso moderno, cada vez más rápido y avasallador, puede introducir de un momento á otro en el arte de la lidia y sus derivaciones.

Se me dirá que, arrastrado en alas de la fantasía (¡otra frasecita, caballeros!), me anticipo á los acontecimientos; pero antes quiero pecar por ese lado que por este otro (señalando atrás).

Si. Todo, menos retroceder. Todo, menos retrogradar, como dicen algunos puntilleros del idioma.

Mi lema es la frase del glorioso fundador de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla:

—Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.

Si alguna vez damos el paso atrás, á lo Lagartijo, demosle

para que la fuerza sea mayor, y el ímpetu más.

Pero basta de paja (con perdón de Fernando VII y de Moratín el padre), y vamos al grano.

Y el grano es que una de las innovaciones llamadas á realizarse en la vida tauromáquica dentro de breve plazo, consiste en la creación de un cuerpo facultativo, que á la manera del cuerpo de Sanidad Militar, se llamaría *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*, y funcionaría de un modo análogo.

Su necesidad es urgente; su utilidad, evidente; su organización, muy fácil.

Todo se reduce á que cada cuadrilla, como cada regimiento, lleve á donde quiera que vaya su médico-cirujano titular.

—Pero — dirá algún aficionado á esta fruta — ¿no hay médicos-cirujanos en las poblaciones á donde van á torear nuestros diestros?

Aquí está el toque; ahí fica o punto.

Sabido es, y á la vez que sabido lamentado por toda «la afición», con cuánta frecuencia ocurre que la causa de desgraciarse algunos lidiadores, ora perdiendo la vida, ora quedando inútiles para el toro, se debe á la poca fortuna con que se les hizo la primera cura después de un accidente en el redondel.

¡La primera cura!

De ella depende casi siempre la salvación de un herido; sobre todo cuando la herida se aparta y diferencia tanto de las que ordinariamente ven y curan los profesores quirúrgicos.

Poco ó nada acostumbrados á tratarlas en poblaciones donde las corridas de toros son escasas — y muchísimo más escasas, por lo tanto, los percances de este género — los cirujanos «pierden su latin» cuando tienen que haberse con un torero herido; salen del paso como Dios les da á entender, y el paciente paga

las consecuencias, no de la impericia y torpeza, sino de la poca práctica de los facultativos en estos especialísimos casos de la clínica quirúrgica.

Y aquí de mi *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*.

Llevando cada matador para sí y para su cuadrilla un médico-cirujano, perfectamente enterado de lo que son las heridas de asta y cabal conoedor del temperamento de sus clientes, ¿no tendrían estos la plena seguridad de que en caso de accidente desgraciado serían asistidos con verdadera, puntual y fructuosa, eficacia?

Algún discípulo del Caballero de la Tenaza dirá que ese sería mucho lujo.

Mayores son los que se permiten los toreros, y bastante más inútiles en verdad.

Llevar apoderados que les cuestan un ojo de la cara; secretarios (*sic*) que les comen un riñón con sus telegramas, bombos y reclamos; parásitos, ó sea *man-gones*, que les devoran el otro ojo de la cara y el otro riñón; pero no llevan — ni piensan en semejante pequenez — quien les eche unas tapas y medias suelas cuando los descuaderna un toro descortés y grosero.

Porque hay toros descorteses que se propasan con los niños y con los abuelos, y cuando el niño se queda cojo, y el abuelo manco, por *mor* de la poca urbanidad de una res que les salió en tal ó cual Plaza de provincia, entonces es el lamentarse y el decir:

— ¡Ay! ¡Si hubiera estado allí D. Fulano! ¡Ay! ¡Si me hubiera asistido D. Perengano en los primeros momentos!

Y como esas quejas, aunque estériles y extemporáneas, son justas y fundadas, parezo y digo:

— Señores de toreros, lo que han de hacer ustedes mañana, háganlo hoy. Puesto que en la actualidad son ustedes los verdaderos reyes de España y sus Indias, obren y procedan como tales soberanos.... Nada, nada, ¡á echarse sus correspondientes médicos de cámara!

Además, hay que otorgar protección al saber patrio... Hay que buscar salida y dar ocupación decorosa á los médicos jóvenes que andan por ahí con su título en el bolsillo y sin una «mota» en el *idem*.

Uno de éstos me decía pocos días há:

— ¿Sabe Ud. si en las novilladas del invierno próximo se practicará la suerte de parear en cestos? Porque yo, con tal de ganar algo, estoy resuelto á todo.

Otros tratan seriamente de ingresar en la corporación de monos sabios... Lo único que les detiene es la consideración de que tendrían que ponerse blusa y gorra (muceta y birrete) de color rojo, que es el color de la Facultad de Derecho.

Y es lo que ellos dicen:

— ¿Qué va á quedar para los abogados?

Estos responderán que tampoco sienta del todo mal á los Galenos dicho uniforme, puesto que lleva cabos amarillos, que es el color de la Facultad de Medicina; pero lo mejor sería que ni unos ni otros se vieran en la precisión de tener que ponerse á las órdenes del conocido *Lavativa*, cuyo mote no le dá derecho en la carrera médica más que á la modesta categoría de practicante.

Vuelvo á decirlo.

El *Cuerpo de Sanidad Taurómaca* es de urgente necesidad, de evidente utilidad y de facilísima organización.

Prestará servicios de inmensa importancia á los lidiadores, y reportará notorias ventajas á los facultativos.

¡Poquito tono que se darán éstos cuando vean sus nombres en los carteles de las corridas, al lado del matador, picadores, banderilleros y puntilleros; y cuando al hacer el paseo por la Plaza salgan formando parte de su cuadrilla respectiva, montando hermosa jaca y vistiendo adecuado uniforme, que ya cuidarían de inventar Perea, Unceta ó Ferrant!

El progreso impone esta reforma, y vive Dios, que no hemos de tardar mucho en verla realizada, al paso que lleva el espíritu de innovación en el toro.

Organizado el *Cuerpo de Sanidad Taurómaca*, y atendida debidamente la salud de los cuerpos, podría irse pensando en atender la de las almas... ¡Cuán hermoso y consolador sería ver presentarse las cuadrillas en el ruedo provistas de su respectivo médico y de su correspondiente capellán!

Pero este punto del clero taurino no es ya de mi incumbencia, y cedo los trastos á *El Siglo Futuro*, defensor de la integridad religiosa y de las corridas de toros, para que recoja esa idea, si le place.

La otra me parece indiscutible.

Así y todo, yo no hago más que echarla al redondel, como echa la res el ganadero.

Ahora ¡que me la toreen los que gusten!

SOBAQUILLO

Toros en Madrid.

17.^a CORRIDA DE ABONO.—14 OCTUBRE 1888

Como nos hemos propuesto hacer las cosas á medias, el ganado que se lidia en las corridas de toros no podía sustraerse á esta regla general; por eso la Empresa ha emprendido el camino de uarnos las ganaderías á medias, echando á la vez en olvido el artículo 18 del Reglamento

que establece que el hierro que abra plaza sea el que la cierre. Las marcas de ayer pertenecían á los Sres. Solís y Clemente en este orden.

EL GANADO

1.^o *Mayorat*, de Solís; castaño lombardo, bragado, buen mozo y cornicorto. Creciéndose al castigo, tomó con bravura nueve varas, dió cinco caídas y mató dos caballos. En banderillas, noble y acudiendo, y lo mismo en muerte.

2.^o *Regalado*, de Clemente; negro bragado, de escasas carnes y caído y corto de cuernos. Con poca voluntad y volviendo al final la cara, tomó ocho varas, dió una caída y mató dos caballos. En banderillas estuvo receloso, y en muerte defendiéndose.

3.^o *Cominero*, de Solís; castaño entrepelado, bragado y listón, de libras y bien armado. Tomó á fuerza de vueltas y acosones cuatro varas, dió dos caídas y mató dos caballos.

Á banderillas llegó hecho un buey con facultades, y á la muerte algo quedado.

4.^o *Recorto*, de Clemente; negro bragado, bien puesto, blando y topón; tomó sin ganas cinco varas y mató un caballo. Desarmó en banderillas y fué bueno para la muerte.

5.^o *Portugués*, de Solís; nevado, bragado, rebarbo, bien criado y un tanto caído del izquierdo; bravo y de poder tomó siete varas, dió cuatro caídas y mató cuatro caballos. Noble y bravo para banderillas y un poco reservado para la muerte.

6.^o *Ballesteró*, de Clemente; colorado, bragado, ojo de perdiz, estrecho y con aspecto de buey. Sin voluntad ni poder tomó seis varas, dió una caída y mató un caballo. Corito saltó la garrocha, suerte que brindó al espada Mazzantini. En palos y muerte con tendencia á manso.

Es decir, tres hermosos toros de Solís y tres inspidos bichos de Clemente.

LOS MATADORES

Currito.—Por el accidente que más abajo mencionaremos, Currito tuvo que matar tres toros. El primero, tercero de la corrida, que se quedó algo á la hora de la muerte, necesitaba poca y ceñida faena, que no se la dió el matador, y si una copiosa cantidad de medios pases, demostrando, no obstante, más deseos de trabajar que de ordinario.

No fijando el toro por la extraordinaria distancia con que toreó de muleta y para no prolongar la deslucida lidia, el espada se precipitó á herir sin estar el toro en suerte, clavando media estocada de fortuna y saliendo por pies.

En su segundo, de mejores condiciones para la muerte que el anterior, Currito no paró ni un sólo momento los pies é hirió mucho y mal; contamos dos pinchazos en hueso y tres medias estocadas, todo ello á paso de banderillas y al gran cuarteo.

En el último, que era un mansurrón, toreó como pudo y con todas las marrullerías del oficio, y lo mató de un descabello al tercer intento, sin pinchar antes de ninguna otra manera, arrojándose con la defensa de un caballo, á cuya querencia se aficionó el toro.

Toda esta faena la ejecutó entre la gausa del público, cansado ya de semejante novillada. Como director y bragando, lo mismo que siempre.

Cara-ancha.—A su primero, un torillo incierto y revoltoso, le pasó con frescura, pero algo más lejos de lo conveniente. Rehuyendo las tablas donde el animal pedía la muerte, entró á matar á gran distancia y cuarteando con un pinchazo en hueso y una estocada caída y contraria.

En su segundo, el animal más hermoso de la corrida, sin otro defecto que el de estar un poco reservón, le toreó con grandísima prudencia, demasiada calma y lujo de precauciones, siguiendo toda la extensión de la circunferencia de la barrera. En las mismas tablas le propinó dos pinchazos en hueso y media estocada delantera, volviendo la cara.

Cuatro lances de capa empleó con este mismo toro, de los cuales fueron buenos una verónica y la única de farol.

Cacheta.—Tomaba en esta corrida la alternativa de matador, y todo el mundo se habrá convencido que no basta tener valor para ponerse delante de los novillos, sino que es preciso valor é inteligencia para acercarse á reses más formales.

Si el percance sufrido durante la muerte del primer toro, único que pudo torear, y que celebraremos no tenga consecuencias lamentables, no nos cohibiera para apreciar en justicia las condiciones de este diestro como matador de alternativa, le demostraríamos que no ha cruzado por su mente peor pensamiento que el puesto en práctica ayer tarde, asegurando al mismo tiempo que ningún auxilio prestará á la fiesta nacional, tan necesitada hoy de toreros inteligentes.

Tres pinchazos, después de una faena deslucida, empleó para deshacerse de su enemigo, siendo en el último embrocado contra la barrera, sufriendo tres derrotes que le produjeron tres heridas: una de siete centímetros en la parte interna superior del muslo derecho; otra de cinco en la superior de la pierna derecha, y una contusión en la parte posterior del mismo muslo.

Lamentemos de nuevo la desgracia y esperemos otra ocasión para juzgarle debidamente.

De los banderilleros, se distinguieron el Pito en dos pares al cuarteo, y Blanquito en uno de igual forma. Corito bien en el salto de la garrocha, y de los picadores trabajaron con voluntad Fuentes, Teillias y el Sastre.

La Presidencia bien y muy floja la entrada.

DON CÁNDIDO.